

Una Europa transformada

Desde los albores del siglo de las Luces hasta la víspera de la gran masacre —la guerra de Europa contra sí misma que fue básicamente aquel primer conflicto mundial— tan sólo hay dos siglos, pero cuán decisivos en la historia de nuestro continente y, también, de manera indirecta, en la del resto del planeta que, a partir de entonces, fue arrastrado en su orbe: época de las “revoluciones” que, en todos los ámbitos y no sin sufrimientos, dieron a luz al mundo contemporáneo; la primera fue precisamente la que, de manera muy profunda, comienza a trazar los datos inmutables, por lo visto, de la demografía. Al iniciar un volumen en el que los más reconocidos especialistas analizan con suma competencia las condiciones y los efectos de aquella mutación fundamental en los países europeos, nosotros no podríamos tener más ambición que la de situar los fenómenos en causa dentro de una evolución más general, la de un continente en plena transformación. Nos limitaremos, pues, a plantear la cuestión de sus relaciones con las demás formas del cambio durante estos dos siglos y a interrogarnos sobre su papel en la redistribución de las fuerzas cuyo escenario fue Europa. ¿Cómo se articulaba lo que se ha dado en llamar la “revolución demográfica” con las mutaciones no menos decisivas que afectaron tanto al universo material como al del espíritu? ¿Qué lugar ocupó en el espectacular aumento del poder del continente europeo a escala mundial? ¿En qué medida sus modalidades, muy distintas a veces de un país a otro —recordemos la singularidad del caso francés—, eran portadoras a largo plazo de una geopolítica nueva que afirmaba la preeminencia de unos Estados más prósperos y más jóvenes? Tantos interrogantes que plantean otro de manera implícita: ¿los hechos demográficos son o no determinantes? O, dicho de otro modo, el conocimiento tan profundo de las estructuras y del movimiento de la población ofrece una clave del devenir histórico de los países implicados?

No cabe ninguna duda de que este factor demográfico no tuviese —y no haya tenido siempre— una profunda influencia. Pero ¿en qué sentido se ejercieron sus efectos y cuál era su relación con otros factores concomitantes cuya relativa importancia podía variar según las épocas? Si no hubiese realmente más “riqueza que los hombres”, retomando las palabras de Jean Bodin, ¿caso el enano holandés hubiera podido mortarse del Rey Sol y el David británico vencer a aquel Goliath que era, para su población, la Francia de 1700? Algo muy distinto llegó a ocurrir, sin duda, al cabo de dos siglos, cuando el peso demográfico se había convertido en una de las

medidas más indiscutibles del poder de un Estado. Al menos entre países europeos y sin impedir, siquiera en este caso, que tal o cual otro factor pudiese eventualmente actuar de contrapeso: el gigante ruso lo experimentó duramente en 1914 cuando la superioridad del poder de la artillería asegurada por el alto desarrollo de la industria alemana amiguló a las masas humanas arrojadas a la batalla, poniendo fin al mito de la "apisonadora" que habrían constituido los ejércitos del zar. Simple ejemplo entre muchos otros de la imbricación de los factores y de la complejidad de los problemas.

1.1. Expansión demográfica y otros cambios

De hecho, rara es la investigación o la reflexión general acerca de la evolución de estos dos siglos que no se tope en uno u otro momento con la ineludible pregunta: ¿en qué medida contribuyó el número de los hombres en su crecimiento y en su redistribución? A este respecto, hay que releer las múltiples obras que, especialmente en Gran Bretaña y Francia (P. Léon, 1978) se han esforzado por analizar en estas últimas décadas las bases y las modalidades de las mutaciones económicas cuyo cumplimiento caracteriza el período estudiado. Y hay que averiguar si, entre aquellas obras, habrá al menos una que, a falta si acaso de aportar una respuesta segura, no formule cuando menos la pregunta: ¿existe una relación causal entre estos fenómenos decisivos cuya palabra "revolución" traduce mal, por cierto, el carácter progresivo y aquellos, no menos fundamentales, que afectaban la demografía por las mismas fechas? En tal caso, ¿cuál de estos cambios originó los demás? A no ser que haya que admitir unas evoluciones independientes y más o menos simultáneas...

1.1.1. Unas causalidades inciertas

Singular problema, en cualquier caso, es éste de las estadísticas de las que disponemos o las series que logramos reconstituir cuando es frecuente que requieran una interpretación compleja y que den lugar más de una vez a conclusiones divergentes de un caso a otro. Hemos de confesar que era más fácil antes, en aquella época en que los datos citados no agobiaban a los intérpretes de la historia a la hora de construir extensos sistemas que explicasen con visos racionales la marcha de la humanidad hacia un horizonte de progresos. Al admitir el primado de lo económico —la "revolución agrícola" de los fisiócratas, *Milard turrip* y los *enclaves*— se autorizaba igualmente el aumento del número de hombres y el éxodo hacia las ciudades de un proteariado de desarraigados, mano de obra disponible para una industria naciente cuya "acumulación primitiva" de capital, gracias en particular a los beneficios de los grandes negocios, permitía financiar la inversión en nuevas tecnologías.

Basado de manera perdurable en sus referencias marxianas, aquel esquema en el que, pese a tal o cual corrección —en particular, F. Engels en su obra *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* publicada en 1884—, la población no parecía tener más que un papel secundario, simple material humano, uno de otros tantos elementos de un sistema de producción, fue pasablemente cuestionado por las sucesivas investigaciones de economistas y demógrafos. Con la realidad rebatida de una "revolución agrícola" en el siglo XVIII (M. Morineau, 1971), la primacía que se otorgaba a dicho factor se desvaneció. Con el concepto de protoin-

dustria, estalló la imagen demasiado moderna de una producción mecanizada que concentraba la mano de obra en la ciudad y requería de entrada importantes capitales. Además, si se considera la inversión preferente en tierras, en cargas emblecedoras y demás gajes de integración en las élites tradicionales, ¿de dónde vendrían de manera tan masiva esos capitales? ¿de las ganancias sacadas de la explotación y de un primer comercio planetario? Si Nantes o Burdeos no eran los focos de la revolución industrial, ¿tampoco lo fueron Ámsterdam, Bristol o siquiera Londres... De modo que la profundización de nuestros conocimientos, alimentados de ejemplos cada vez más numerosos y de análisis más concretos, conduce a la revisión de unas explicaciones harro teóricas. Partiendo de una progresión lógica, cuya apariencia racional hacía olvidar las simplificaciones mecanicistas, nuestro afán de profundización nos lleva a reorientarnos hacia unas problemáticas más complejas, menos seductoras quizá para el espíritu, si bien más cercanas, sin duda, a las realidades concretas: la del desafío y la de las respuestas de la ingeniosidad humana ante una situación de desequilibrio, en un ambiente nuevo —¿acaso Pierre Chauanu no contabiliza en Europa al final del siglo XVIII cinco o seis veces más alfabetizados que cien años antes?—, el ambiente de un rechazo de las viejas fatalidades y de una fe (no exenta de utopía) en las virtudes de la ciencia y de las técnicas, presumibles gajes de un porvenir mejor; la realidad de esas "micromejoras" poco espectaculares que, sin embargo, se sostuvieron unas a otras y cuyo proceso acumulativo, que a partir de entonces se extendía a todo el planeta como un campo abierto casi sin límite para el transporte de los productos y para la migración de los hombres, fue generando poco a poco unos cambios tan profundos y tan irreversibles que justifican, al menos desde este punto de vista, el término "revoluciones".

Desde esta perspectiva, cada aspecto del crecimiento conserva su autonomía con sus ritmos específicos en el seno de un juego complejo de evoluciones paralelas en el que las interferencias no excluyen de ningún modo ciertas distorsiones y en el que la progresión del juego no implica a la fuerza ni por adelantado la transformación decisiva del crecimiento. La población, en especial, se exige con ello de toda condición previa en lo que a una hipótesis "revolución agrícola" se refiere. Por el contrario, el aumento de la población en el siglo XVIII pudo constituir un elemento inductivo al desarrollo de la oferta alimenticia. Al permitir así que se alimentase a más hombres, y particularmente a los no agricultores, facilitó el desarrollo de una producción para toindustrial —e incluso fábril— que era fuente de nuevos beneficios y medio de existencia para multitudines crecientes. En el siglo XIX, época en la que el inmemorial problema de la subsistencia fue perdiendo su carácter acuciante de manera progresiva, el excedente humano en Europa, ocasionado temporalmente por todos los reajustes en curso, sacó partido de unas nuevas tierras cuya producción agrícola o minera respondió de manera oportuna a las necesidades del viejo continente, como consecuencia de las migraciones masivas que dicho excedente provocaba. Por último, ¿hemos de despreciar en el marco particular de un Estado, los efectos potenciales sobre el crecimiento económico de un mercado interior en fuerte expansión? El ejemplo opuesto, al final del siglo XIX, de una Francia que está perdiendo velocidad desde un punto demográfico y de una Alemania prorrifica, invita cuando menos a preguntarse, habida cuenta del dinamismo industrial muy superior de este país, acerca de lo que podía deber a un efectivo de consumidos en aumento, así como a un ambiente general que excluía cualquier malautismo.

Al recordar algunas maneras, directas o indirectas, cuyo factor llamado población hubiera podido ejercer sus efectos sobre unas estructuras económicas que se presentaron durante largo tiempo como determinantes, no tratamos de ningún modo de invertir los papeles ni de buscar

una "última instancia" en, esta vez, la demografía. Es preciso acaso decir que, en cualquier libro dedicado a las estructuras económicas, los hechos de población no podrían ofrecer, en mayor medida que otros, la clave última y postrera de la historia. Por muy esclarecedores que éstos sean en muchos ámbitos, no podrían fundamentar ningún determinismo nuevo. Su influencia, según si se combina con tal o cual factor, pudo actuar en sentidos distintos. Fue una suerte para Inglaterra, donde el factor de la población contribuyó a un crecimiento general cuyos diversos elementos acabaron, en definitiva, engrandándose sin demasiados chirridos; el impulso demográfico no aportó a Irlanda más que un excedente de miseria hasta el paroxismo de 1846, cuando las previsiones más sombrías de Malthus parecían haberse cumplido. Y si consideramos a Rusia, ¿podemos decir que una fecundidad "récord", estimuló el desarrollo económico cuando la industria, en particular, se topaba con el escaso poder adquisitivo de un mujik que se preocupaba ante todo por las tierras y estaba abocado con demasiada frecuencia aún a la autosubsistencia?

1.1.2. Entre lo biológico y lo social

Otra observación liminar: una de las enseñanzas capitales de la investigación al respecto sin duda sea la de poner de manifiesto una autonomía de los hechos demográficos, irreducibles en buena parte a unas causas de orden económico o social. Llamativo es aquí el caso de aquellas grandes epidemias cuyo ciclo asaz misterioso, a veces abierto de manera muy espectacular por el contacto comercial o guerrero de unos grupos humanos que hasta entonces habían estado aislados, habría dependido sobre todo, por lo visto, de unas realidades extremadamente raras: mínimas oscilaciones climáticas u oscuras modificaciones en la ecología de los portadores de microbios, sin olvidar una progresiva inmunización de las poblaciones afectadas, mientras que el esfuerzo de los hombres por combatir el mal o al menos circunscribirlo —esfuerzo mentalmente esencial— habría tenido probablemente un papel sólo secundario en el retroceso de la plaga.

Se trata, por tanto, de unos fenómenos ampliamente autónomos aunque no independientes de otros factores contemporáneos: si el cólera llegó de Oriente en 1832 fue por los navíos mercantes; halló su foco predilecto de manera duradera en la insalubridad de la ciudad prehaushmaniana desbordada por la mar de migrantes. Y si la epidemia, indiferente a las distinciones de clases, se llevaba por delante tanto al opulento Casimir Perier como al misero jornalero, hemos de reconocer que en proporción murió más gente del pueblo que ministros o siquiera simples burgueses, cuando a los azares del contagio y a la desigual resistencia de los organismos ante la enfermedad se sumaba el innegable efecto de unas condiciones de vida que con excesiva frecuencia eran deplorables. La entrada en la era de la estadística, por muy imperfectos que sigan siendo sus instrumentos y sus conceptos, proporciona ahora unas cifras y, de manera brutal, plantó entonces el problema de una "mortalidad social", abriendo camino a las exploraciones polémicas así como a los intentos de encuesta científica. Llegaron los tiempos de Villermé (1840). Siendo un mal más insidioso, aunque no menos característico de aquel entonces, con su connotación literaria de "mal del siglo" que segó a la elite culta de su época, desde Chopin hasta María Bashkirtseff, la tuberculosis ofrece otra ilustración. Más allá del mito, podemos recorrer, por ejemplo, el cementerio de Leysin, en Suiza. En este balcón alpino que domina el valle del Rodano, sus nieblas y sus miasmas, yacen decenas de jóvenes "héroeos" llegados

de cualquier parte de Europa y cuyas ricas familias habían puesto sus últimas esperanzas en las virtudes de una "montaña mágica". ¿Cómo permanecer indiferente ante aquellas tumbas, símbolos de un combate perdido? Pero ¿cómo olvidar también —mucho más que la parte sumergida del iceberg...— a las víctimas inconscientes y anónimas del mismo mal que sólo las estadísticas han atestiguado, aquella triste elocuencia acerca del factor creciente de los fallecimientos en ambientes humildes? Este doble ejemplo nos lo recuerda: fuera de toda visión de las desigualdades económicas, no podríamos menospreciar los efectos agravantes de determinados factores sociales.

Si, a causa de los estragos soporados de manera desigual que esta enfermedad siguió provocando hasta el final del período entre las poblaciones europeas, la mortalidad obliga a tomar en consideración la influencia que pueden tener las condiciones materiales de la existencia —nos situamos en el nivel de las diferencias sociales o también, por supuesto, en el de las diferencias de desarrollo de un país a otro—; a causa del dominio progresivo que se empieza a percibir, la natalidad invita, en cambio, a situarnos en otro plano: el de las "actitudes ante la vida" retomando la expresión de Philippe Ariès, en su permanencia con respecto a tales o cuales estructuras tradicionales, tal o cual área cultural, o en su mutación, acelerada a veces por tal o cual importante acontecimiento que replantecaba los fundamentos mismos de una sociedad.

1.1.3. El caso de Francia

En los tiempos de la "estadística constituida" (cf. siguiente cap.), había una singularidad francesa que se puso de manifiesto en una tasa de natalidad tan inferior a la media europea, y muy especialmente a la de los Estados vecinos con un nivel de desarrollo comparable, que de inmediato brotó la idea de una relación de causa a efecto con la historia particular del país de la Revolución. ¿Sería que Francia rechazó junto con el Antiguo Régimen a la familia tradicional y a la abundante progeneratura en beneficio de un individualismo egoísta, de una célula estrictamente conyugal que se había vuelto frágil por la posibilidad del divorcio y de un reparto igualitario de las sucesiones fúdicio para los patrimonios? Siendo esta idea central en el pensamiento de Le Play y su escuela, puede parecer confortada por el sorprendente contraste de natalidad entre una Francia postevolucionaria y su ramificación canadiense que, por su parte, se había librado del drástico acontecimiento. De manera más general, puede apoyarse en la evidente oposición al final del siglo XIX entre el malusianismo agravado de la única república de Europa y la fecundidad sostenida de las potencias monárquicas. Aunque hemos de recordar —unos trabajos como los de Jean-Pierre Bardet sobre Rouen (1983) lo establecen de manera probante— que dicho comportamiento desviante se había iniciado ya en Francia bajo el Antiguo Régimen, siendo las elites las que dieron el ejemplo; y que, en este ámbito, al igual que en otros —pensamos en la demostración de un Tocqueville acerca de las tendencias a largo plazo de nuestra organización política y administrativa—, fue más bien la continuidad lo que se impuso en 1789, puesto que, con frecuencia, las rupturas revolucionarias tan sólo precipitaban un movimiento en curso.

¿Hay que buscar, entonces, la clave de tales diferencias en la pluralidad mantenida de unas estructuras ancestrales como las de la propia familia con sus diversos tipos cuya cartografía europea subraya las correlaciones sugestivas con muchos otros fenómenos (H. Le Bras y E. Todd, 1981)? Para el período en cuestión, ¿hay que corear las tasas de natalidad con las de la prácti-

ca religiosa, cuando una Francia precorramente laica se individualizaba en el seno de una Europa "cristiana"? Una vez más, se podría evocar más de un ejemplo, ya se trate de la muy católica Irlanda o incluso, en el seno del territorio francés, de un Oeste que siguió siendo "fiel". No obstante, nos guardaremos de explicaciones harto simples o demasiado sistemáticas. Además del hecho de que, para cada país de Europa, mucho nos falta para tener el equivalente de las grandes encuestas de sociología religiosa retrospectiva desarrolladas en Francia, especialmente por iniciativa del canónigo Bouliard (1982), la relación entre ambos comportamientos tal vez no tenga la estrechez que se tiende a imaginar hoy día, ya que las Iglesias no han mostrado siempre la misma atención hacia el problema; y más aún cuando tal o cual región indudablemente fecunda, como el sur de Italia, disfrutaba mucho de ofrecer un modelo de obediencia a las prescripciones eclesásticas pese a algunos fervores espectaculares.

Querer hallar una explicación racional de las realidades demográficas y de su articulación con otros fenómenos históricos es, desde luego, una pretensión legítima del espíritu; pero recordar los límites de unos esquemas demasiado simples o demasiado deterministas no constituye menos que un deber para el historiador consciente de la complejidad de las cosas. En ningún ámbito como en el de una historia de la población, parece tan necesaria dicha prudencia.

1.2. Causas del crecimiento

Nos atendremos a los hechos: a partir del siglo XVIII, la población de Europa que, desde su apogeo medieval, parecía oscilar en torno a cierto nivel de equilibrio, con fases de crecimiento y severas recadas, se puso a aumentar de manera continua sin que ninguno de los factores tradicionales de sobremortalidad aniquilase, por esta vez, el fruto de dicho empuje vital al cabo de cierto tiempo. Como hecho relevante, en efecto, de estos dos siglos de historia está el lento retroceso de la muerte. Un doble símbolo: la desaparición, excepto en los confines de Oriente, de la plaga casi cuatro veces centenaria que era la peste y ello, además, probablemente menos gracias a los cordones sanitarios y a otras cuarentenas que a causa de unos hechos de orden natural y el retroceso de la viruela deudor, sin lugar a dudas por su parte, de la intervención humana. Incluso si la ofensiva del cólera, con sus reiterados asaltos a lo largo de todo el siglo XIX, y la propagación de la tuberculosis devolvieron a los heraldos de una ciencia triunfante a la humildad, ¿cómo no reconocer los progresos en el conocimiento y en el tratamiento de aquellas epidemias? Jenner, Pasteur, Koch, tantas figuras emblemáticas de una Internación de la medicina, por muy desigual que fuese su celebración debido a los chovinismos nacionales...

1.2.1. Más pan

A pesar de que la tradicional guadaña notaba cómo poco a poco se emborataba el filo de su hoja, también arremetió contra los europeos mejor alimentados, y ello desde un punto de vista tanto cualitativo como cuantitativo. A falta de una "revolución agrícola" en el siglo XVIII e incluso antes del primer tercio del siglo XIX, es posible que no todo fuesen "falsos pretextos" en este ámbito. Si el largo aumento del precio de los granos sugiere una tensión sostenida entre la oferta y la demanda, no hemos de olvidar que ésta no narra de aumentar con el número de

hombres. Sin progresos muy espectaculares, con la difusión —no sin reticencias— de algunas nuevas plantas y, sobre todo, gracias a la extensión de los espacios cultivados, Europa logró alimentar año tras año a una población en aumento, mientras esperaba que los abonos de la tierra y el transporte masivo de los alimentos normalizasen definitivamente el problema alimenticio. Esto requirió tiempo, desde luego: la innovación agronómica parece haber participado al principio de una moda intelectual, como si de una obsesión "agromanaca" de administradores y notables "ilustrados" se tratase, y su verdadera difusión por los campos siguió siendo muy relativa, con la ayuda por añadidura de la rutina o de la miseria rural, en muchas regiones de Europa al final del período considerado. Añadiémos la vuelta cíclica de las malas cosechas que durante largo tiempo siguieron generando crisis alimenticias que eran vividas con mayor dureza cuando sucedían a un lapso de mejora. ¿No era éste el caso de Francia, entre otros países, en vespas de 1789?

Siguiera en pleno siglo XIX, los europeos no habían olvidado lo que significaba pasar hambre y, desde los *bracchianti* de la aldea mediterránea hasta los reidores silesianos, pasando por aquellos miserables que mendigaban por las calles de Londres y cuya familia silbera gravó Gustave Doré, las tripas vacías seguían formando legiones en aquel entonces de progresos y prosperidad. Pero si esto no dejó de tener consecuencias en el nivel político y social, tal y como lo investigaban tal tumulto o cual insurrección, ¿caso era todavía un factor decisivo de mortalidad? El drama irlandés de los *famines* ha sido la excepción de una vuelta postrera a Occidente de una inmemorial hambruna cuyo espectro se fue alejando a partir de entonces hacia los límites remotos del continente, no sin haber precipitado en Inglaterra, con la abolición de las *corn laws*, la entrada en la era del libre intercambio como promesa de la abundancia y especialmente del pan barato. Ya fuese porque con ello privilegiase la importación o, por el contrario, una producción agrícola nacional, la mayoría de los países europeos vieron cómo se desvanecía el viejo temor a las crisis frumentarias. Sólo el arcaísmo persistente de algunas estructuras agrarias explica que se observen aún algunas oleadas recurrentes al final del siglo XIX, por ejemplo, en Rusia en 1891, con su habitual séquito de conflictos sociales y de sobremortalidad.

Siendo una tendencia general en Europa, la mejora de la alimentación incluye, a su vez, una diversificación. Preparados de formas variables según los lugares, los cereales guardaban un lugar de primera importancia consagrado por toda una simbólica. Estamos pensando en el pan, objeto en Francia de una auténtica sacralización ("tirar pan" ha sido durante mucho tiempo un gesto sacrilego, una ofensa a Dios y a la miseria del pueblo), y en la importancia dada a las variedades de su precio, obsesión de las municipalidades urbanas y "barómetro de las fábricas", ya que con su carencia se reman los tumultos y el marasmo de los negocios. Un indicio indirecto de tal predominio sostenido segura apareciendo a través de la propagación de ciertas enfermedades causadas por esta privación, como la pelagra que, al final del siglo XIX, afectaba aún a la zona de consumo excesivamente exclusivo de la polenta de maíz.

La lentitud de las evoluciones, por lo tanto, especialmente en algunas regiones meridionales occidentales de Europa y, así y todo, Enriquecimiento progresivo de la alimentación. Mejor que los testimonios individuales que esclarecerían sobre todo el comportamiento de las elites o de manera abusiva, generalizarían a unos episodios balareses —al respecto, aquel "deglutir del siglo XIX" pergeñado por J. P. Aron estaba casi tan alejado del menú cotidiano burgués como el *égope* nupcial de *Madame Bovary* puede estarlo de la comida ordinaria del campesino—, las estadísticas disponibles sobre el tema a partir de entonces lo atestiguan: carnes y lácteos, azúcares, café o té, vinos y cervezas, en lugar de las bebidas locales, y también

alcoholes, por desgracia, cuyo consumo fue creciente en el siglo de la industria. Las urbes, más dispuestas a este cambio, difundieron poco a poco a su alrededor un nuevo modelo alimenticio que era más rico y más equilibrado a la par que más caro: primero, entre las elites sociales pero pronto, por imitación y en cuanto sus ganancias se lo permitieron, las clases populares urbanas adoptaron también este modelo y sus observadores advertían —o deploraron— los gases “desconsiderados” en bebidas y en comida al cobrar el sueldo, un “detroche” que contrastaba en cualquier caso con la frugalidad mantenida por muchos rurales.

Por último, añadiremos que la calidad en sí de los alimentos progresó con una nueva preocupación decimonónica por la higiene y por la mejora de las técnicas de conservación. ¿Acaso no se dio a conocer Pasteur en este terreno? Quedaba mucho por hacer sin duda: estamos pensando en el problema de la leche, un factor perdurable del excedente veraniego de fallos entre los neonatos. Pero hemos de dar parte, al menos para las ciudades, de unos esfuerzos reales con vistas a controlar el descuartizamiento de la carne y, sobre todo, de proporcionar en cantidades crecientes un agua potable de verdad.

1.2.2. Menos masacres

Al retroceso de las tradicionales epidemias y de la ancestral hambruna se sumó, en el período considerado, la atenuación de la tercera gran plaga que evocaban los ruegos religiosos: la guerra. No es que tal amenaza desapareciera al cabo de estos dos siglos, desde luego, ni que los efectos sobre la población se volvieran irrisorios. Los sucesivos conflictos que en el siglo XVIII afectaron especialmente a Europa central y oriental antes de conocer, en la época revolucionaria y napoleónica, la extensión que se conoce del teatro continental por entero y luego, en el tercer cuarto del siglo XIX, la nueva fase bélica iniciada con impudencia por Napoleón III representan en su totalidad un serio factor de mortalidad, por no hablar de conflictos secundarios, de guerras civiles o de represiones sangrientas. Pero ¿qué ocurre si lo comparamos con los siglos anteriores? El horror que tales masacres inspiraran al autor de *Cándido* no ha de hacernos creer que aún se estaba en tiempos de Jaques Callot y sí, en tiempos de Voltaire, algunos países guardaban el no muy envidiable privilegio de servir de campo cerrado a los enfrentamientos europeos, conviene subrayar que muchos otros se hallaban a salvo casi por completo.

Hay que recordar que en el siglo XVIII el territorio francés seguía inviolado prácticamente desde Denain hasta Valmy, Gran Bretaña sufría sólo los trastornos del último sobrestro escocés, la Península Ibérica vivía en paz y, después de Carlos XII, Escandinavia había recobrado la calma. La Revolución Francesa abrió sin duda una fase bélica que pronto se generalizó, desde Lisboa hasta Moscú, desde Nápoles hasta Finlandia, cuando la reiteración de las campañas y el recurso masivo en Francia al reclutamiento recurrente ponía en juego a unos efectivos sin común medida con los tradicionales efectivos de profesionales. De ahí las pérdidas singularmente incrementadas entre los militares (ya fuese en el combate, ya fuese a causa de las heridas o por las epidemias) a diferencia de aquellas guerras de antaño en las que la población civil era la que sufría principalmente las consecuencias. No porque, de ahora en adelante, el paso de las tropas dejase indemne a las poblaciones: ahí está Goya para dar testimonio de ello y sería preciso hacer una evaluación del precio de lo que, desde tal punto de vista, llamamos la época napoleónica... Más allá de este recrudecimiento guerrero, no olvidaremos tampoco algunas tragedias en las que, de manera periódica, surgía un salvajismo

siempre latente, desde las matanzas venedeanas —cualquiera que sea el nombre que se les dé— hasta las “atrocidades búlgaras” denunciadas unos ochenta años más tarde por Gladstone, pasando por las dos represiones del ejército ruso en Polonia... Unos horrores muy por debajo, sin embargo, del real desastre demográfico que habían podido representar en su época la Guerra de los Cien Años para Francia o la Guerra de los Treinta Años para el Imperio, con su conjunción de masacres, de epidemias o de hambrunas.

Lo subrayamos porque por su nacionalismo exacerbado podría a veces hacérselo olvidar: los cinco lustros de conflictos ininterumpidos y pese a algunas tregas que provocaron estallidos bélicos localizados en el espacio y el tiempo, el siglo XIX se afirmó en resumidas cuentas como uno de los más apacibles de nuestra historia, puesto que ninguna guerra enlutó a Europa a lo largo de sus cien años ni contrarió la expansión de su población. No dejásemos nunca de insistir lo suficiente sobre este contexto prolongado de paz, eminentemente propio a los progresos de toda suerte y, entre otras cosas, directamente o no, a un retroceso de la mortalidad.

1.2.3. Un tercio de la humanidad

El que, en ese mismo lapso de tiempo, los nacimientos permaneciesen de manera muy perceptible en el elevado nivel que implicaba antaño la simple renovación de las generaciones constituye la otra realidad relevante sin la cual la primera no habría podido desarrollar todas sus consecuencias. Dicho desequilibrio generó, en efecto, un espectacular crecimiento sólo comparable a la gran expansión occidental de los siglos XI-XIII. La multiplicación de los hombres, aquella “explosión blanca” —y eso que todos los “blancos” no eran europeos ni las tasas de entonces se aproximaban a las del actual Tercer Mundo—, confirió a Europa un peso demográfico sensiblemente acrecentado. Dicho fortalecimiento numérico, que se acompañó de una potencial inventiva en todos los ámbitos, no sin relación con el empuje humano, y que fue fuente de un avance tecnológico decisivo, contribuiría a asegurar a nuestro continente una supremacía planetaria sin precedentes.

Apenas una quinta parte de la población mundial al final del siglo XVII, una cuarta parte al entrar en el siglo XX: la relativa progresión de Europa puede parecer limitada; las masas asiáticas, también en expansión aunque al margen de nuestras “revoluciones”, tal como lo advertimos más adelante, mantuvieron su preeminencia de manera indiscutible. Pero, mientras que dichas poblaciones asiáticas —siempre y cuando la estimación sea fiable— no habrían llegado a duplicar en dos siglos, los europeos habrían casi triplicado. Y eso que se trata aquí de unas poblaciones que se habían quedado en el viejo continente. Porque si se tienen en cuenta las migraciones, con cerca de 40 millones de europeos que se marcharon definitivamente al otro lado del mar y unos diez millones asentados en la Rusia asiática o, mejor aún, si totalizamos las poblaciones de tronco europeo a través del mundo, desde América del Norte hasta la “Blanca Austral”, poco faltará para alcanzar el medio billón de personas: es decir, que cerca de un tercio de la humanidad al final de nuestro período está en movimiento. Total este que no es de ningún modo ficticio: lo constataremos en 1914-1918 con el reclutamiento masivo de los anglo-ajoyos —y de algunos otros más— que acudieron del mundo entero para combatir en las trincheras. Pero, mucho antes y ello a pesar de una violenta trifulca a veces con su metrópoli, aquellos europeos de ultramar habían contribuido poderosamente a expandir por todo el pla-

nera una civilización que, en sus expresiones materiales así como intelectuales o espirituales, fue ante todo, incluso al final del período, la de la vieja Europa.

La expansión demográfica sostenida proporcionaba al continente, especialmente a partir del siglo XIX, los excedentes humanos exportables que poblaron unos mundos casi vacíos, expulsando y aislando a los "píeles rojas" y demás aborígenes que, hasta entonces, habían vivido solos en aquellas inmensidades. Dicha expansión se conjugó con todos los progresos técnicos cuya iniciadora era por entonces Europa y dieron al Viejo Continente los medios para conquistar, colonizar o explotar en beneficio propio al resto del planeta.

1.3. Demografía y nueva clasificación de las potencias en Europa

Lo propio de estos dos siglos fue la aparición de un creciente desfase tecnológico y científico entre un continente, foco de la innovación, y unos mundos cada vez más marginados y en situación de inferioridad cuya única salida—caso probante aunque único de Japón—era convertirse en su esmerado alumno. La amplitud del desfase llegó a ser tal en el siglo XIX que aseguró a los europeos una supremacía absoluta: tanto en el plano militar—unos humildes cuerpitos expedicionarios bastaron para que doblegar al impresionante imperio chino—como en un plano económico o cultural, hasta el punto de que según los mejores pensadores Europa fundamentaba la superioridad de "la Civilización"—la suya—no sólo en los pueblos sojuzgados por "salvajes", sino también en los mundos orientales en plena crisis, abocados entonces al protectorado o a una división por zonas de influencia a partir de unos cuantos "tratados desiguales".

1.3.1. Declives e ilusiones

El ejemplo más llamativo, puesto que concierne a una ex-gran potencia que sigue ocupando toda una zona del suelo de Europa, nos lo proporciona aquí la decrepitud del orrota cuán temible Imperio otomano. Nos hemos de situar, en efecto, al comienzo de nuestro período: hacia 1700, todos recordaban aún el asedio reciente de Viena, último asalto del Islam en el mismo corazón de nuestro continente. La aventura se había saldado con una derrota, desde luego, lo que permitió a los Habsburgo expulsar a los turcos de Hungría y provisionalmente de Serbia. No minimizaremos, empero, la contraofensiva que devolvió Belgrado a los serbios, lo que consolidó el bastión avanzado de Bosnia que no soltaron luego hasta el año 1875. Ahora nos situaremos en los alrededores del año 1900: al cabo de un siglo de genuina "reconquista" por el Este, especialmente en las estepas de Ucrania, y al cabo de otro siglo de liberación de las nacionalidades cristianas de los Balcanes, la única cuestión estribaba en saber si era o no era oportuno renatar al "hombre enfermo" cuando pronto sólo la capital se aferraría aún a la orilla europea del Bósforo mientras las potencias andaban ya intriguando para repartirse sus despojos asiáticos...

La descomposición del Imperio otomano y su progresivo rechazo fuera de una Europa que había permanecido identificable a su pertenencia cristiana—refiérase o no al credo—lleva a preguntarnos, con la evolución demográfica de los diversos Estados en el trasfondo, acerca de los nuevos equilibrios de unas potencias que, a través de los conflictos y de las reorganizaciones de sus fronteras, se estaban afirmando en el continente. Pierre Chauuu lo había subrayado con

fuerza al describir el "espacio de las Luces": uno de los rasgos que marcaron el siglo XVIII y que el siglo XIX prolongó era la reconquista europea de todo su espacio con expulsión de los turcos y colonización de un auténtico "Lejano Este" en el que las rasas de crecimiento anuales de la población, especialmente en Hungría, alcanzaron unas cifras máximas. De tal manera que todo un mundo que ayer había sido periférico se densificaba, se afianzaba y ejercía una influencia recuadrada a escala continental: Rusia, Prusia, Estados de los Habsburgo extendidos hasta Transilvania que, en 1806, se convirtieron en el Imperio de Austria, tres potencias ascendentes cuya elevación de un despotismo ilustrado como factor de modernidad no excluía en absoluto la búsqueda de una supremacía militar (Polonia sufrió esas consecuencias) mientras las tres vencedoras, en resumidas cuentas, de Napoleón esperaban para poder sentarse en la mesa del congreso de Viena.

Francia, preocupada tradicionalmente por España o por Italia, unos dominios que por entonces perdían velocidad, persuadida de que había de seguir siendo (sin saber muy bien cuál era el número de sus habitantes) el mayor Estado de Europa y convencida de que todavía, no desde los fastos de Versalles hasta el mestisismo revolucionario, el faro de la civilización, no percibió sin duda en su justa medida aquel profundo cambio fundamental que estaba favoreciendo al este europeo. Sus fracasos frente a una Inglaterra tres veces menos poblada pero con incalculable opulencia insular ya que sus beneficios comerciales financiaban su flota naval y a las tropas mercenarias, se prestaban más a una toma de conciencia de unas realidades nuevas. Pero, como las consecuencias arañan a lejanos envites, particularmente coloniales, el reino que había permanecido ileso y se había agrandado además con dos nuevas provincias, se reducía, al menos en apariencia, la significación de tales fracasos.

Lo que trastocó, al menos de manera temporal, aquella situación fue la adopción por la Francia revolucionaria del sistema de reclutamiento. No porque la *Ley Jourdan* que, en 1798, generalizaba el principio de un reclutamiento masivo de todas las edades masculinas innovase por completo. Sin hablar de las milicias que existían desde hacía largo tiempo en Francia o en Inglaterra, algunos Estados habían instituido de manera temprana ciertas formas de servicio militar, dotándose con ello de unas fuerzas armadas sin común medida con su humilde población: ése había sido el caso de Suecia, donde Carlos XI estableció en 1682 la organización agroalimenticia del *Indelta* de manera perdurable y, sobre todo, de Prusia, donde el *Kantonsystem* fue instituido en 1733 sin excluir, además, el recurso (para aproximadamente la mitad) al tradicional reclutamiento de soldados a menudo extranjeros (A. Corvisier, 1976). Pero, mientras que semejante esfuerzo compensaba una inferioridad tan sólo numérica, la decisión francesa de reclutar a todos los jóvenes reclutables físicamente aptos (excepto en caso de dispensa) revisió un muy distinto alcance. Al devolver toda su importancia al peso demográfico, se valorizaba de manera singular a un país que seguía siendo el más poblado de Europa después de Rusia que, por lo visto, estaba muy lejos—como si el ejército de Suvoroff, en aquel año de 1798, no hubiese llegado hasta Suiza...

Frente a las coaliciones que renacían una y otra vez de las principales potencias europeas ligadas contra ella, la Francia revolucionaria y luego imperial halló en su sustancia humana los medios para equilibrar e incluso dominar a las fuerzas enemigas que seguían procediendo en su mayor parte de un reclutamiento más tradicional. Una vez superado el período de incertidumbre inicial durante el cual las virtudes del reclutamiento masivo no siempre habían salido a relucir en comparación con las tropas profesionales, fueron esos grandes batallones los que, en una acertada amalgama de jóvenes reclutas y soldados empedernidos, permitieron al genial Napo-

león triunfar durante largo tiempo en todos los campos de batalla de Europa y reestructurar posteriormente el espacio continental a su antojo. No sin un considerable derroche humano, desde luego, incluso si las pérdidas en el lado de las águilas se repartieron al fin, mucho más allá del territorio francés, entre los 130 distritos provinciales del Gran Imperio y a pesar de que diversos aliados, los bávaros entre otros, sufrieron también las consecuencias de la derrota de 1812.

La sangría que estas pérdidas de guerra representaban —aproximadamente un millón de hombres en quince años— para una Francia en la que, a pesar de la conocida expresión, “una noche de París” ya no bastaba para “arreglar todo eso”, no habría de ser despreciada. Conjugada, en efecto, con un descenso de la natalidad francesa con respecto a las tasas de los países vecinos, dichas pérdidas no podían sino acentuar la tendencia a la deceleración del crecimiento demográfico que caracterizó a este país durante todo el siglo XIX con, a fin de cuentas, un lugar más reducido en el continente. Un europeo de cada seis aproximadamente era francés bajo Napoleón; sólo uno de cada diez lo era en tiempos de A. Fallières. Un relativo declive cargado de consecuencias, si bien los interesados no tomaron conciencia de ello sino muy tardamente. En 1840, los liberales franceses —sujetados por suerte por el pacífico “rey burgués” — se plantearon nada menos que declarar la guerra al resto de Europa. Y, al cabo de catorce años, el sobriño se comprometió en una política exterior agresiva como si siguiese teniendo la ventaja numérica de la que había dispuesto su tío durante largo tiempo. En Sedan estuvieron los frutos, frente a la sola Alemania, cuyo empuje demográfico y eficaz organización no habían sabido medir.

En realidad, tras estas veleidades bélicas desconsideradas, se perfilaba, más o menos oculto por el mito y la rutina épica, el deseo de hacer olvidar el desastre demasiado real de 1815: después de tantos años de gloria, una Francia invadida, París ocupado, una humillación que llevaba a retroceder cuatro siglos... Si hubo un símbolo de aquel rebajamiento, pero también de una nueva geopolítica, fue la presencia de los cosacos acampando en los Campos Elisos. Menos de un siglo después de la muerte de Pedro el Grande, nada subrayaba mejor la prodigiosa ascensión de Rusia y su plena integración, a partir de entonces, en los asuntos europeos. Como auténtica vencedora de Napoleón e iniciadora de una Santa Alianza que fue destinada a mantener el orden en el continente de manera perdurable, su potencia militar impresionaba a los contemporáneos y se convirtió en una suerte de mito del que Toqueville se hizo eco poniendo en paralelo en una célebre página a aquellos dos gigantes aún adolascientes, Estados Unidos y Rusia, a los que visiblemente se había prometido la dominación de una mitad del mundo para cada uno (A. de Toqueville, 1835; Custine, 1839). ¿Es preciso puntualizar acaso que, además de la extensión desmedida de su territorio y de su organización autoritaria, aquella temible potencia parecía fundarse sobre la cifra de su población, la primera con excedentes y uno de los crecimientos más rápidos de Europa?

1.3.2. Unos nuevos equilibrios

El Congreso de Viena, durante el que se volvió a dibujar el mapa político del continente, ratificó la progresión del Imperio de los zares: al absorber Finlandia y Polonia, jamás Rusia había avanzado tan lejos sus fronteras hacia el Oeste, hallándose de ahora en adelante en contacto directo con el mundo germánico. Pero la prudencia de los negociadores no pensaba dejar que se impusiese una nueva hegemonía en Europa, tan perjudicial a sus ojos como lo era la Fran-

cia napoleónica. Para equilibrar al gigante oriental, contra el que se trataba de mantener a partir de ahora la integridad del Imperio ruso, estuvo una Austria maciza, centrada en el eje danubio, que ejercía el control de Italia del norte y una influencia dominante en Alemania; una Prusia fortalecida por la opulenta Renania, si bien privada intencionadamente de continuidad territorial; al oeste, una Francia que la caudela de los diplomáticos sin ánimo de venganzas se retiró a amoldar a su hexágono; una Inglaterra, por último, que se retiró a su archipiélago, restringida por entero a partir de entonces al desarrollo de su riqueza y que se conformaba con mirar sobre el imperio de los mares. Pasaremos a las potencias menores: Suecia, ampliada con Dinamarca a expensas de Dinamarca; reino de los Países Bajos que incluía —esto no duró más que quince años— a Bélgica y Luxemburgo; España y Portugal no cambiaban...

En tanto que Europa de los monarcas, la Europa de 1815 pretendía pasar por alto las nacionalidades. Como simplificación, sin duda, con sus 39 Estados, del orotra *Reich* víctima del terremoto de 1803, la Confederación germánica seguía siendo una construcción ante todo dinámica bajo la tutela de Viena. Italia, por su parte, no tenía siquiera el equivalente: continuaba siendo una “expresión geográfica”, ya que su fragmentación garantizaba el mantenimiento del orden austriaco. A largo plazo, fue sin duda una fuente de debilitamiento para aquella nueva Europa. Advertiremos, sin embargo, al margen de la independencia de Grecia y luego de Bélgica, la singular estabilidad de sus fronteras, que incluso sobrevivieron a la gran conmoción de la “primavera de los pueblos” en marzo de 1848. Estas fronteras fueron cuestionadas tan sólo por el “Gran Emperador” y con ser a su vez, sobre las ruinas de la Europa de Metternich, el artesano de una reestructuración del continente inspirada, esta vez, por el principio de las nacionalidades. Al contribuir con tal fin al debilitamiento de Rusia, cuyo arcaísmo había quedado manifiesto durante la Guerra de Crimea, y luego al debilitamiento de Austria, que sufrió una severa derrota y se vio obligada a abandonar el Milanesado, en realidad, Napoleón III estaba rompiendo una harta imprudencia un sabio equilibrio en beneficio de Prusia, mucho más cómoda a partir de entonces a la hora de dar rienda suelta a sus apetitos. Si la unificación de Italia que, cual aprendiz de brujo, aquél había iniciado y cuyo proceso pronto se le escaparía de la mano, no modificó casi nada, en definitiva, en la balanza de las fuerzas en el Continente —la añadidura de pequeños Estados que a veces gozaban de un muy mediocre desarrollo no bastaba para crear de entrada una gran potencia, sobre todo en aquellas penínsulas mediterráneas que se habían quedado un tanto al margen—; en cambio, la unidad alemana que Francia resultó ser incapaz de impedir, estaba trastocando los datos geopolíticos más arraigados.

En el corazón de Europa, en efecto, en aquel centro blando que su fragmentación política secular parecía destinar al papel del eterno campo cerrado ante las intrigas diplomáticas o los enfrentamientos armados de sus vecinos más poderosos, de repente se constituyó un extenso bloque unido desde “los Vosgos hasta Neman”, cuando Sedán remató Sadowá. Al reunir territorios ricos y demográficamente dinámicos —unos 41 millones de habitantes en 1871 y cerca de 68 millones en vísperas del conflicto mundial—, el nuevo *Reich* se afirmó de inmediato como el pivote de todo el continente frente a una Francia por segunda vez vencida, amputada, aislada y reducida de manera provisional al “recogimiento” y frente a una Rusia presa de una difícil modernización, mientras Austria-Hungría se veía abocada al papel de aliado y brillante segunda. Gracias a ello, se impuso una Europa bismarckiana durante veinte años, tan preocupada por la estabilidad de las fronteras como lo fuera araño la de Metternich, pero cuyo nuevo equilibrio se basaba en una hegemonía continental alemana, mientras que Reino Unido, dedicado

por entero a su imperio colonial y al desarrollo de su prosperidad; se limitaba a velar desde la lejanía por el mantenimiento de la paz.

¿Distribución de los papeles directivos dejando en manos de los británicos la hegemonía económica y el dominio de los mares? Se debía a que, recorriendo las fronteras políticas y cuestionando los equilibrios heredados entre potencias, se impuso otro mapa de Europa, el del crecimiento económico y la industrialización, especialmente con la densidad de la red férrea a modo de magnitud y los recursos carboníferos como condición. La ausencia (o escasez) de yacimientos de carbón, ese "pan de la industria", fue una traba de mucha importancia en el siglo XIX. Se resintieron de ello algunas regiones como Irlanda o incluso el oeste francés, a fortiori unos países como Italia o Escandinavia antes de la entrada en la era de la hulla blanca. Y, sin embargo, la abundancia de carbón no era suficiente; el retraso ruso constituye una prueba de ello: las inmensas reservas de Donets no eran nada sin capitales para ponerlas en explotación, sin ferrocarril para exportar la producción, sin ingenieros ni mano de obra local cualificada... tantas condiciones que, por el contrario, reunían los herederos de todo un capital y de toda una tecnología adquiridas que fueron unos pequeños países como Bélgica o grandes Estados como Francia y, sobre todo, Inglaterra.

De hecho, al espectacular empuje, desde el siglo XVIII, de un este europeo fuerte por el número de sus hombres a pesar de que se mantenía en un nivel principalmente agrícola desde el punto de vista económico, se opuso la irresistible expansión de un occidente industrializado cuya producción aseguraba una riqueza y una fuerza superiores, a la par que autorizaba un fuerte crecimiento demográfico. En un siglo, ¿Reino Unido no había casi triplicado el número de sus habitantes y ello a pesar de varios millones de emigrantes? A partir de este foco privilegiado de innovación rápidamente extendido a los países costeros del canal de la Mancha, como Francia y Bélgica, la industrialización alcanzó el eje renano, donde conocería posteriormente, especialmente en la cuenca del Ruhr, algunos de sus más espectaculares desarrollos, cuando unos sectores vecinos desprovistos incluso de hulla, como Alsacia o Suiza, revelaron su dinamismo de manera temprana. No sin afectar, hacia el norte, a Suecia y en una franja meridional a la Italia padana o al País Vasco español, el fenómeno fue progresando poco a poco hacia el este del Continente, desde Bohemia o Silesia hacia la Polonia rusa y, por último, Ucrania, cuya moderna siderurgia tomó de manera tardía el relevo de la arcaica fundición a costra de la madera del Ural. Una difusión lenta en el marco menos favorable de un universo que seguía siendo principalmente agrario. De ahí la persistencia de profundos desfases en el desarrollo de las diversas zonas de Europa, teniendo en cuenta que la industria en el Imperio de los zares no comenzó realmente hasta un siglo después de la eclosión del despegue británico, mientras el sureste balcánico que acababa de ser liberado del yugo otomano, acumulaba pobreza hullaera y factores históricos de retraso.

En función de todo ello, durante mucho tiempo la primacía económica inglesa no tuvo competidores y Francia se mantuvo en el segundo puesto para la producción industrial y, aun progresando a paso de gigante, Estados Unidos no era vivido como un rival debido a su lejanía y a las inmensas necesidades de su mercado interior. Sin embargo, en los albores del siglo XX, en mayor medida que Rusia, cuyas virtualidades se topaban todavía con muchos arcaísmos, se impuso la Alemania wilhelmina por la rapidez de su crecimiento, disputando a los británicos su supremacía industrial y comercial e, incluso, al final, su dominio naval. Pretensiones que rompían el equilibrio tácitamente aceptado de la Europa de Bismarck y formaron el preludio de nuevos enfrentamientos. En lugar del relativo "concierto europeo" que Berlín lograba armo-

nizar en una perspectiva de *status quo* y de aislamiento de Francia, dos sistemas rivales de alianzas dividían de ahora en adelante el continente, reuniendo unas fuerzas más o menos equitativas compensadas por su unión en un bloque central, frente al alejamiento de los nuevos aliados franceses y a los compromisos aún inciertos de la Entente Cordial. ¿Con tanta fatalidad se fue hacia la guerra como se ha pretendido posteriormente? Más que el choque, siempre susceptible de algún acuerdo, entre imperialismos coloniales o de otra naturaleza, el riesgo mayor parecía de ciertas rigideces —en los acuerdos entre aliados, en la programación del Plan — que se fueran — firme a lo imprevisible y lo pasional. Se podía no sin razón perder al tratarse de Marne — incluso de los Balcanes; pero ¿ante el crimen premeditado de un archiduque heredero?

13.3. El peso de los hombres y nuevas geopolíticas

Uno de los rasgos que hemos de subrayar al final de período cargado de amenazas es, sin duda, el creciente lugar otorgado a las realidades demográficas. Con la difusión de los conocimientos estadísticos, efectivos de población, densidades y número anual de nacimientos se convirtieron en datos corrientes explorados por políticos y teóricos. Cuando el geógrafo alemán Muzel comparó cada Estado a "un ser vivo que crece", "necesariamente" en lucha con sus vecinos para defender su territorio o, si no, extenderlo, no hizo más que introducir el darwinismo en este ámbito, en beneficio de los más fuertes y especialmente de los más poblados. Frente a una nación que envejecía, como Francia, o a tal o cual pequeño Estado considerado sin porvenir, como Bélgica, el país dinámico y fecundo que era el Imperio alemán reivindicaba con ello "lugar en barrena y en sombra" arguyendo un excedente de hombres en una tierra incapaz de alimentarlos. A decir verdad, si Alemania había sido un foco de emigración en el siglo XIX, la prosperidad a comienzos del XX empezaba por el contrario a atraer a muchos trabajadores extranjeros. Su "superpoblamiento" era por entonces un pretexto sobre todo para el expansionismo basado en otras consideraciones: la voluntad de reunir a una nación alemana que desbordase las fronteras del Reich para los pangermanistas, o también la idea —no únicamente alemana— de una superioridad de los pueblos germano-protestantes con respecto a una latinidad decadente o un mundo eslavo-ortodoxo atrasado.

Siendo una dudosa justificación a veces, las realidades demográficas estaban presentes de todos modos en el fin del siglo XIX, a través de la preocupación de numerosos Estados por aumentar sus efectivos militares. Desde 1815, en efecto, el mantenimiento de una paz duradera en Europa se había acompañado de una vuelta general a unos cuasi ejércitos profesionales basados en el voluntariado, caso éste el de Inglaterra, o basados, como en Francia, en el llamado Segundo Imperio, sobre todo frente a Prusia, la única que con su *Landwehr* y luego con la reforma militar impuesta por Bismarck disponía de numerosos retenes. Después de Sedan, con la ayuda del nacionalismo y la democracia, el principio de un servicio militar más corto, si bien universal, se impuso progresivamente en todos los grandes Estados europeos, excepto en el insular Reino Unido. De paso, el peso demográfico afirmaba toda su importancia, marcando la magnitud de las capacidades militares de un país en una época en que, más que el armamento, lo que parecía contar era el número de combatientes. Siempre y cuando, eso sí, se pudiese asumir el coste y el equipamiento de aquellas tropas multiplicadas. Sin embargo, se constata que

un país como Italia, camino de alcanzar a Francia por su fuerte crecimiento demográfico, no alineaba en vísperas de 1914 más que a 275.000 hombres, a falta de haber consentido hasta entonces unos esfuerzos presupuestarios suficientes. Austria-Hungría, que de buena gana se suele concebir como un Estado militar, no tenía entonces la mitad de los efectivos franceses en pie de paz, para una población total superior eaproximadamente en un 20%. La propia Rusia, dos veces más poblada que Alemania, no tenía más soldados al ser incapaz de armarlos y de enmarcarlos más. En definitiva, sólo Francia y Alemania alinearon a todos los efectivos que autorizaban sus poblaciones, aunque Francia compensó su inferioridad al respecto por un servicio militar prolongado con la ley de los tres años. Esto, en cuanto a las tropas inmediatamente disponibles, porque el mayor problema francés seguía siendo las reservas movilizables. Pero aquí fue cuando la extraña alianza rusa, unión contra natura de la única república europea con el imperio más reaccionario, reveló su profunda complementariedad entre una Rusia fértil pero pobre en capitales y aquella Francia, demasiado buena alumna de Jean-Baptiste Say, quien le había aconsejado "hacer más ahorros que hijos". Los famosos préstamos rusos pasaron seguramente como pérdidas y ganancias después de 1917. Pero, en verdad, ya habían sido pagados y cobrados: en hombres, en el momento crucial de septiembre de 1914. ¿Acaso hay mejor ilustración del papel, nunca único pero siempre esencial, de las realidades demográficas en la historia de estos dos siglos?